

LIBRO X.

Las órdenes.

LA estrella de la caballería, que desde las cruzadas brillaba en el zenit de la Europa, tocaba ya en el horizonte; pero descendía como el sol que declina, y su disco ensanchado vertía aun una viva luz donde parecían confundirse el brillo del hierro y el resplandor sagrado de los cirios. Estos tiempos, mas bellos y mejores que los nuestros, en que la religion era respetada y sus santas leyes obedecidas desde el palacio hasta la cabaña, fueron la época en que el culto de la madre de Dios llegó á su apogeo, porque todo se hacia para ella y por ella: "Es muy natural que cada uno la implore, decian en sus cantares los trovadores guerreros de Alemania, pues que en el cielo se ejecuta cuanto ella quiere; así se hacia, y aun cuando cada paladin tomaba por su protector celeste ya á Santiago, ya á san Jorge, á san Miguel ó san Martin, á quienes los señores feudales en su sencillo respeto por los habitantes del reino de los cielos, habian descifrado con nobles títulos, la Virgen *honrada* que reunia todas las condiciones de belleza, de dulzura y de angélica pureza que

convenían á la señora por excelencia, era el objeto de un culto muy superior á aquel que se daba al *baron* Santiago y á san Jorge el buen caballero; pregonábanse torneos y acometíanse empresas en honor de la señora santa María; reyes y caballeros *velaban las armas* en su capilla; su nombre traducido en todas las lenguas de Europa, era el grito de guerra de los barones flamencos, daneses ó ingleses, como también de Dugueslin. En el combate de los Treinta, cuyo lugar indica aun una columna rota en medio de las retamas la de Baja-Bretaña, Beauvoir se encomienda á Dios, á nuestra Señora y á san Ines. Viendo que sus compañeros de armas enrojecían la tierra con su sangre y que los ingleses llevaban lo mejor, arma caballero en nombre de nuestra Señora á Juan de Roche, un escudero de noble raza que era simple espectador del combate, y la fortuna cambiando de bandera se declaró por los bretones. (1)

Después de haberse encomendado á María, bátense uno contra diez con aquella confianza en el apoyo del cielo que triplica la fuerza del hombre; una buena causa, una conciencia pura y el apoyo de la Virgen basta para hacer *maravillas en las armas* y conseguir las victorias mas brillantes. En 1388 un ejército de vrbanteses entró en el ducado de Gueldres, donde todo fué entregado á fuego y sangre; el duque no tenía ni hombres ni dinero para rechazar á los invasores; sus consejeros eran de parecer que se encerrase en una de las plazas fuertes; pero él repitió esta temida advertencia con una indignacion mezclada de cólera: "Yo no me encerraré ni en castillo ni en ciudad, gri-tó, ni dejaré quemar mi patria; querría mas bien ser muerto en "los campos de batalla." Después de esta noble respuesta, el jóven duque se armó para el combate; pero antes de dejar á Nimega, fué á rogar devotamente delante de la imagen de nuestra Señora, en la cual tenía gran confianza, y el y sus caballeros se consagraron á la Virgen santísima. Concluidas estas oraciones, montó á caballo á la cabeza de cuatrocientas lanzas para ir á combatir un ejército de cuatro mil hombres. A la vista del enemigo, los consejeros del príncipe flamenco espantados á la disparidad del número, aun pretendieron disuadirle del combate; pero el duque colocando la mano sobre su corazón, exclamó: "Algo me dice que la jornada será mia. Desdoblád mi bande-

"ra, y el que quiera ser caballero, que se adelante; yo le haré en "honor de Dios y de la Señora santa María, de la cual tomé su "permiso antes."

Y el bravo jóven duque cargó al enemigo á galope, gritando: ¡Nuestra Señora! ¡Gueldres! Los bravanteses, completamente batidos, perdieron diez y siete banderas, "que encontrareis, dice Fraizard, delante de la imagen de nuestra Señora de Nimega, á fin de que sirvan de perpetua memoria." Después del combate, los de Gueldres tuvieron consejo sobre el campo de batalla. Algunos propusieron entrar en una ciudad vecina para colocar allí los prisioneros y curar sus heridos. "No, dijo el duque; yo me di y consagré al departamento de Nimega, y me he dado y consagrado hoy, al principio de la batalla, á nuesera Señora de Nimega; así, yo quiero y ordeno que volvamos por este lado, y vamos á dar gracias á la Señora que nos ha ayudado á obtener la victoria." (2)

Y partió al *gran galope* con sus caballeros para ofrecer á nuestra Señora sus acciones de gracias, y suspender como *ex voto* en su capilla sus armas rotas y abolladas!

En 1563, el rey Luis I de Hungría encontrándose con veinte mil hombres en presencia de ochenta mil infieles, ofrecióse con todo su ejército á la Reina de los ángeles, cuya imagen jamás abandonaba. Para dar gracias á nuestra Señora de la brillante victoria que habia ganado, hizo construir al rededor de la capilla de Afleuz, en Corintia, una sólida y bella iglesia, donde depositó la santa imagen á la cual atribuía su victoria, y la espada con la cual habia combatido. (3)

En el siglo IV, Luis, duque de Borbon, llamado el Grande, resolvió abandonar momentáneamente la Francia, á quien desolaban las revueltas de la minoridad de Carlos VI, para reprimir las atrevidas piraterías de los serracenos de Africa, que paralizaban el comercio marítimo de la Europa. Génova y los puertos del litoral francés, pedían una expedicion contra estos foragidos; Luis de Borbon oyó su súplica y resolvió hacer de aquel otro lado una cruzada en honor de la Virgen, á quien tenía grandísima veneracion. Hizo el llamamiento de su nobleza, á la cual corrieron á unirse el delfín de Auvernia Juan de Beauler, hijo del duque de Lancaster; el conde Harcourt; Gautiero de Cha-

tilon, Guillermo de Hairaut, Felipe de Artois, conde de Eu, el señor de la Tremoville y Felipo de Aar; todos estos guerreros antes de levar el áncora, se ofrecieron solemnemente á la Virgen santísima, y tomaron por pabellon almirante la bandera del duque de Borbon, "que estaba por entonces toda adornada de flores de lis de Francia con una blanca imagen de nuestra Señora, Madre de Jesucristo, sentada y figurada en el medio: el escudo de Borbon estaba bajo los piés de la linda imagen."

El duque de Borbon se hizo á la vela en una flota de 80 navíos, que salió á la mar muy ordenadamente, bajo la guardia de Dios, de nuestra Señora y de san Jorge. Desembarcaron-se en medio del estío, delante de una ciudad que Froisard y Cristina de Pisau llaman Africa, y que se cree debe ser Túnez. Los cruzados de la Virgen santísima emprendian el sitio de esta plaza á la que cuatro veces intentaron tomar por asalto sin conseguirlo, pues los turcos les oponian una vigorosa resistencia. La llegada de los cristianos habia sido una señal de guerra santa para los musulmanes de Africa; los reyes de Bogia, de Trípoli, de Manol, enviaron sus tropas en socorro de la ciudad sitiada, y los cristianos tuvieron que defenderse de las emboscadas y de las sorpresas nocturnas de los berberiscos; pero estas arterias fueron deshechas sin el menor socorro de centinelas ni avanzadas, de manera que el ejército de María reconoció la mano de su divina protectora. Un perro que no tenia amo conocido, hacia todas las noches tan buena guardia al rededor del campo de los cristianos, que era imposible á los turcos burlar su maravillosa vigilancia. Los soldados viendo algo de extraordinario en el instante infalible de este animal, lo llamaban el perro de nuestra Señora.

Esta expedicion de Africa, emprendida bajo los auspicios de la Virgen, fué acompañada, segun Fraissard, de numerosos prodigios; cuenta que "los sarracenos queriendo sorprender á los franceses por un ataque nocturno, se aproximaban una noche muy calladamente al campo de los cristianos, cuando apercibieron delante de ellos una compañía de damas todas blancas, y en especial una como primer jefe que era mas bella que todas las otras y llevaba delante un empalon todo blanco con una cruz bermeja. De este encuentro y de la tal vista, fueron los sar-

racenos tan espantados, que en aquel momento no tuvieron ni poder ni valor para avanzar. (5)

Sea que María colocándose con su milicia celeste entre los cristianos y musulmanes, quisiese proteger á la caballería francesa que marchaba bajo su estandarte, sea que una alucinacion causada por la claridad dudosa de las estrellas y las flotantes banderas de los caballeros, fuese la sola causa del prodigio, lo cierto es que el campo fué salvado de una sorpresa de noche.

Los calores excesivos del clima, y una epidemia pestilencial diezmaron el ejército cristiano que pensó levantar el sitio de Túnez, después de nueve semanas de esfuerzos infructuosos; pero antes de retirarse dió dos batallas á los sarracenos, quienes no obstante su número fueron batidos; la bandera de María fué gloriosamente conducida por los caballeros franceses, y los cristianos hicieron tales prodigios de valor bajo este estandarte, que espantados los reyes de Túnez, se creyeron muy felices en concluir un tratado por el cual se obligaban á volver los cristianos esclavos, no molestar la navegacion del Mediterráneo, y á pagar, en fin, por los gastos de la guerra, diez mil bezantes de oro.

Las buenas ciudades del reino en los tiempos de calamidad, se colocaban bajo la proteccion especial de la Virgen santísima, como así tambien los soberanos. En 1357, después de aquella funesta batalla de Poitiers que segó la flor de la nobleza francesa, y donde el rey fué hecho prisionero por los ingleses, el preboste de los mercaderes, á nombre de la ciudad de Paris, hizo voto de ofrecer todos los años á la madre de Dios un cirio, cuya longitud igualara la circunferencia de los muros de la ciudad. La oferta se cumplió religiosamente hasta el tiempo de la liga, siendo interrumpida desde entonces durante veinticinco á treinta años. En 1605 se substituyó á esta larga bugia enrollada, una lámpara de plata con un grueso cirio que ardia sin interrupcion delante del altar de nuestra Señora, hasta en 1789. (6)

Ruan, en donde la imagen de María decoraba en otros tiempos todas las plazas, las encrucijadas, las puertas y todos los monumentos públicos, se colocó por un voto solemne bajo su proteccion en 1348, cuando la venida de aquella famosa peste negra, que habia destruido el globo, y que heria tan violentamente á sus víctimas, que se agonizaba, dicen los cronistas con-

temporáneos, mirándose unos á otros. Cuando la intercesion de la Virgen hubo puesto fin á este espantoso azote, se erigió en la catedral normanda una de las mas soberbias capillas del mundo, bajo el título de Nuestra Señora del Voto.

La estatua de María de mármol blanco, coronada de rosas blancas, tambien adorna el altar que le erigió el reconocimiento público, y los magistrados de Ruan colocaron delante de esta santa imágen una lámpara de oro macizo que ardia hasta el siglo VI, en que los protestantes la apagaron. (7)

Las ciudades de Francia no fueron solas las que se consagraron á la Virgen santísima; Génova, la soberbia, habia escrito sobre todas sus puertas *Città di Maria*, y Venecia la bella habia adornado en 1385 la sala de su gran consejo, con un magnífico cuadro del Guaziato, discípulo del Giatto, representando á Cristo en el acto de coronar á la Virgen *Reina* de Venecia; bajo de esta pintura, que ha perecido hace muchos siglos, estaban escritos estos cuatro versos del Dante:

L'AMOR CHE MOSSE GIA L' ETERNO PADRE
PER FIGLIA AVER DI SUA DEITA TRINA,
COSTEI CHE FA DEL FIGLIO SUA POI MADRE
DELL' UNIVERSO QUI LA FA REGINA.

Los duxes de Venecia estaban obligados á dejar un cuadro á la señoría, donde se les viera arrodillados delante de la imágen de la Virgen santísima, á fin de hacerles recordar que ella era la soberana de ellos y de la república. (8)

Esta devocion de los genoveses y los venecianos á la madre de Dios, era eclipsada por el ardiente culto que le rendia la pequeña república de Roma que se habia consagrado á María. Los parmesanos no tenian un dia mas solemne que el 15 de agosto, fiesta de la Asuncion de la Virgen, patrona de su catedral y soberana de su república. Esta fiesta era igual á las de Pascua, y era tan respetada que la santa Sede al poner á Parma en entredicho, exceptuóla siempre de la excomunion, el dia de la Asuncion de la Virgen.

Aquel dia los jefes de familia á la cabeza de todas las personas de su casa salian con banderas desplegadas y entonando

cánticos, para ir á depositar flores y presentes en el altar de su soberbia catedral, cuyas bóvedas debia pintar mas tarde el Correggio. Un solo habitante de Parma dice, Turchi, que no hubiese concurrido á la catedral, hubiera sido deshonrado, y todos le habrian señalado con el dedo. En esta fiesta solemne en que todos los rangos se confundian, no existian tan poco preeminencias ni distinciones: habriase dicho que todos los miembros de una sola familia se reunian para festejar gozosamente á su madre.

Verdaderamente que es una devocion tierna y sincera, aquella que puede borrar los odios de partido! la de los parmesanos á la Madre de Dios alcanzaba hasta allí. El dia de la Asuncion, en el año de 1323, los güelfos desterrados de Parma depusieron sus viejas enemistades, y con las manos juntas se presentaron bajo los muros de la ciudad y pidieron que se les permitiese entrar por el amor de la Virgen Santísima. La poblacion de la ciudad, á este nombre invocado humildemente el dia de su fiesta solemne, olvidando sus rencillas y entregándose á la compasion, y por un movimiento espontáneo cada uno corrió á abrir las puertas. Güelfos y gibelinos se abrazaron vertiendo lágrimas de gozo, y se condujo á los desterrados en medio del entuciasmo de los ciudadanos á la célebre catedral de nuestra Señora donde se juró la paz sobre el altar de la Virgen; esta paz duró cincuenta años. (9)

Para calmar estas ardientes facciones de güelfos y gibelinos, que dividian las ciudades de Italia en dos partidos, y convertian sus calles y plazas públicas en campos de batalla, no se pudo imaginar nada mejor que crear una órden de caballería enteramente pacífica, los *Frati Gaudenti*, ó caballeros de la Virgen, que sin renunciar al mundo se ocuparon en restablecer la paz y concordia en la península Italiana en el nombre y honor de la Madre de Dios.

Esta devocion á la Virgen que traja la paz á las ciudades, é inspiraba el valor á los guerreros, fué el alma de las órdenes militares, aquellos grandes ejércitos siempre triunfantes de la edad media que se ponderan por la mayor parte, é hicieron prodigios con la fe á la Madre de Dios. En esta fraccion religiosa y austera de la caballería, el culto ausente de los demás, es-

taba representado por una consagracion particular á la Virgen santísima; por esto es que los caballeros de San Juan de Jerusalem invocaban á María al recibir su espada, invocacion que los caballeros de Malta, última trasformacion de aquella órden célebre, hacian aun últimamente. Los caballeros teutónicos tomaban el nombre de *caballeros de la Virgen*. (10) Las tierras que conquistaron de los paganos del Norte de Europa, las llaman *tierras de María*; la Virgen era su dama celestial, y á decir verdad, ella era entonces *la dama de todo el mundo*, como lo manifiestan las ingenuas leyendas de la edad media. Estas órdenes sometidas á una organizacion poderosa que participaba de la disciplina de un ejército y de la severidad de una regla, conquistaron en el nombre de María provincias que acumulaba para componer reinos; el órden de los caballeros teutónicos vino á ser como se sabe la monarquía prusiana, y bajo el nombre de caballeros de Rodas, los Hospitalarios han reinado sobre una de las mas bellas islas del mar del Levante. A estas órdenes religiosas y caballerescas que estendian el culto de María por milagros de brabura, vinieron á juntarse las órdenes reales, de las que María era tambien generalmente la patrona. El rey Juan fundó en su honor la órden de los caballeros de la noble casa, mejor conocida con el nombre de caballeros de la Estrella. Estos caballeros se reunian todos los sábados siempre que las circunstancias lo permitian, pero en caso contrario, debian dar á los pobres quince sueldos parises en memoria de los *quinze gozos* de nuestra Señora. Tenian el permiso de llevar una bandera de estrellas con una imágen de la Virgen, ya fuese para hacer la guerra á los enemigos de la fé, ya puramente para servir á su señor; juraban morir antes que rendirse, y no huir mas lejos que el espacio de cuatro fanegas de tierra; esto en caso de que la superioridad del número les forzase á la retirada.

Cárlos VI, este pobre príncipe cuyo valor precoz habia ganado á los catorce años la célebre batalla de Resbeeg, *que irritó tan duramente á los ingleses, que ella hubiese bastado para resucitar envidia si estuviese muerta*; así al menos lo dice el señor Juan Froisard, instituyó tambien durante los primeros años de su reinado una órden de caballería en honor de la Virgen santísima, para cumplir un voto que habia hecho en el Langue-

doc. Durante su viaje á Tolosa, cazaba frecuentemente en el antiguo bosque de Baucérne, con Oliverio de Clisson, Pedro de Navarra y otra porcion de los señores de su corte. Cierta dia que persiguiendo con demasiado ardor una béstia salvaje, se habia separado de su comitiva, sorprendiéndole la noche en medio de tierras montuosas, de soledades sin caminos y de grandes bosques poblados de osos y jabalíes de los antiguos montes druidicos; para aumentar los peligros de su situacion, las tinieblas se hacian cada instante mas espesas, y una atmósfera nebulosa le ocultaba las estrellas. Aterrado de su aislamiento y no sabiendo que direccion tomar, el príncipe hizo un voto solemne á nuestra señora de la Esperanza, y se colocó humildemente bajo su amparo. Al instante un ligero viento dispó las nubes, y el astro brillante de la noche derrama sus rayos de gris perla alumbrando un sendero trillado que condujo al jóven monarca fuera del bosque. A la mañana siguiente, Cárlos, seguido de sus caballeros completamente armados, á excepcion de la cabeza, vino á cumplir su voto á la capilla de María. Para perpetuar el recuerdo de su peligrosa aventura, fundó poco tiempo después la órden de nuestra señora de la Esperanza, y quiso que una estrella fuese su símbolo. (12)

El año de 1370, Luis II duque de Borgoña, instituyó la órden de los caballeros del Bando de Nuestra Señora. Esta órden se componia de veintiseis caballeros que llevaban un cinto de terciopelo azul celeste adornado de bordados de oro, con el lema *Esperanza*, recamado de una bordado de lo mismo; la hevilla de oro finísimo, la componia la cabeza de un cardo con esmalte verde. El dia de la Concepcion de nuestra Señora, que era la gran fiesta de la órden, los caballeros del Bando vestian una ropa suntuosa de damasco encarnado, y un manto azul celeste adornado de bordados de oro, sobre el cual llevaban el gran collar de la órden compuesto de rombos y de lirios de oro, con la palabra *Esperanza* sobre cada rombo. Del extremo del collar colgaba un medallón ovalado, que llevaba la imágen de María y bajo el cual se veia una cabeza de cardo, esmaltada de verde y blanco. (13)

La devota y caballerescas Esparta, tuvo tambien órdenes reales fundadas en honor de María. Alfóso, ó mas bien, don Al-

fonso el Sábio, fundó una órden de caballería que colocó bajo la proteccion de la Virgen; y don Jaime II rey de Aragon para recompensar el valor de los habitantes de Mortera, cuyo castillo fabricado en la cima de una alta montaña habia heróicamente resistido muchas veces á los moros, fundó en 1319 una órden de caballería bajo el título de Santa María de Mortera, á la cual con el consentimiento del Papa regaló generosamente los bienes que la órden suprimida de los Templarios poseía en el reino de Valencia.

Un poco mas tarde, hácia la mitad del siglo XV, Cristian I rey de Dinamarca, fundó en honor de la santísima Trinidad y de la Virgen, la órden real del Elefante, cuyos miembros hacian voto de varios empeños piadosos, sobre todos el de defender la fe católica con peligro de su vida; el elefante era el simbolo de las virtudes de la órden.

Las órdenes reales y militares no fueron las únicas en tomar á María por patrona; la milicia religiosa, que triunfa con la oracion bajo el escudo de la fe, quiso marchar tambien bajo la bandera de la Virgen, y se distinguió por otro género de heroismo. En Occidente, la primera órden religiosa, fundada especialmente en honor de María, fué la de Citeaux que tuvo por su fundador á san Roberto, un jóven gentil hombre de Normandía, á quien su familia destinaba á la profesion de las armas y que quiso ganar mas bien el reino de los cielos, que las grandezas de la tierra. El año de 1098, fundó en un lugar desierto, erizado de matorrales y de espinos, que le habia dado el duque de Borgoña, la célebre abadía de Citeaux, é hizo tomar el hábito blanco á veinte religiosos que le habian acompañado en honor, y segun algunos cronistas de Citeaux, después de una revelacion de la Virgen santísima. Roberto y sus religiosos á fin de merecer la proteccion de María, se impusieron la vida mas humilde, mas laboriosa, mas pobre y mas austera que ha sido posible imaginar. Desterraron de sus templos todo aquello que tenia lamenor apariencia de lujo. La iglesia de su abadía no poseía sino una cruz de madera; los incensarios y candelabros eran de hierro, y los cálices de cobre dorado; los ornamentos de tela ordinaria; el báculo del abad era simplemente el baston de madera encorvado de que se servian entonces los ancia-

nos. Para evitar todo aquello que pudiese distraerles del retiro y del recogimiento, convinieron en no permitir que ningun príncipe ni señor llevara su corte en adelante á la iglesia ó al monasterio, segun era costumbre en las grandes fiestas. Estas reglas no se dieron sino poco á poco. La mayor parte son del abad Estevan sucesor de Alberico que habia sucedido á Roberto en el año de 1109. En el año siguiente, fué tan grande la carestía en el monasterio, que el abad se vió obligado á salir á mendigar montado sobre un asno y acompañado de un hermano. El rigor que se observaba fué la causa de que Citeaux se viese abandonado; nadie se presentaba para reemplazar á los religiosos que morian, y el abad comenzaba á temer seriamente que el nuevo instituto pereciese en su cuna; pero María que le protegia no lo permitió y le hizo un presente magnifico en la persona de San Bernardo, que se retiró allí con muchos de sus parientes el año de 1113. Tenia apenas diez y siete años; á los diez y nueve, fué enviado á Clairvaux en calidad de abad poniéndose entonces á desmontar aquel sitio lleno de malezas. Mientras que san Bernardo echaba los fundamentos de Clairvaux, La Ferté, Pontigny y Marimord, que son los otros tres hijos de Citeaux, se poblaban por la gracia de la Virgen santísima. El agreste lugar donde se elevaba la abadía de Marimord, austera entre todas las abadías existentes, fué un obsquio piadoso de Olderico de Granmort, y de Adelina su esposa, señores de Chaiseul. (14) Estas cuatro abadías fueron las primeras y las madres de muchas otras, en cuyos pormenores no entraremos, pero que eran igualmente austeras y religiosas, y todas dignas de la celestial proteccion de su patrona. Los religiosos trabajaban en los bosques y en los campos, sembraban los granos, limpiaban las sementeras, trabajaban los prados, cortaban los árboles y los conducian sobre sus espaldas. De vuelta al monasterio recibian con agradecimiento, lo que se les daba para alimentarse: una libra de pan—bazo mezclado, y un potaje hecho con hojas de haya. Su lecho era de paja, su almohada un saco de arena, y después de haber reposado algunas horas se levantaban á media noche, para cantar alabanzas al Señor. Tal era la vida piadosa de estos monjes de la Virgen, á quien honraba su conducta segun la expresion que el mismo Dios emplea en los santos libros. Tambien ella se dig-

naba darles sensibles testimonios de su beneficencia. Cuentan los anales de Citeaux, que cuando estos buenos religiosos, de vida tan austera, de corazón tan puro, de manos tan laboriosas, sudaban bajo el peso del trabajo sin atreverse ni acercarse á sus labios enardecidos por la sed el agua de la vecina fuente, ni á sus miembros lánguidos por el calor del estío, la frescura deliciosa de los bosques seculares que limitaban sus desmontes, la Virgen con su velo blanco enjugaba el sudor del trabajo sobre la frente pálida y surcada de arrugas de los hermanos. (15)

Hombres de ilustre nacimiento corrian á Citeaux. El príncipe Henrique, hermano de Luis el jóven, entró de monje en Clairvaux el año 1149. San Malaquías, que descendía de los reyes de Irlanda, y que era el patriarca de aquella isla, cambió sus hábitos pontificales por los humildes vestidos de sarga y de lana de los religiosos de la Virgen. Walero, uno de los primeros señores de la corte de Escocia y muy querido del rey su padre, que le asociaba á todas sus partidas de caza, abandonó el mundo y las pompas que le rodeaban, para encerrarse en el monasterio de Citeaux. El rey había notado muchas veces que el noble jóven, en lugar de perseguir á las liebres y á los corzos, se retiraba á la soledad en los grandes helechos, ó bajo las agiasantes de las breñas, y esto solo para leer y orar. "será necesario que yo le haga un obispo" dijo un día el piadoso monarca con aire meditabundo: Walero se le anticipó y se hizo monge en Warden.

En 1129 Euerardo conde de Mans, dejó la corona de príncipe soberano por la coyulla de Citeaux. Presentóse disfrazado á uno de los abades de la orden, y se le confió el cuidado de uno de los rebñes del monasterio, y habría quedado siempre incognito, si algunos señores de Munceaux no le hubiesen reconocido haciendo pastar las ovejas al borde de un arenal; otro jóven señor de muy alto nacimiento que había tomado el hábito en Citeaux, fué encargado de conducir todos los días á las grandes encinas de un bosque contiguo, una tropa de puercos para que se alimentasen allí de bellotas y fábucos. Una tarde en que el novicio no había rezado, escuchó la voz de Satanás, el padre del orgullo que murmuraba á su oído, diciéndole que desempeñaba una ocupacion muy extraña para el hijo de un po-

deroso baron. El jóven noble, tan piadoso hasta entonces, se mordió los labios y todo su fervor se evaporó como el humo. La noche descendía; volvióse al monasterio y entró á la capilla. Quien le hubiera visto arrodillado delante del altar de nuestra Señora sumergido en una meditacion profunda, hubiera dicho: "He allí un santo cuyo pensamiento está en el cielo;" su pensamiento no había tomado ni por asomo un vuelo tan elevado; él pensaba en el castillo de su padre, y no sabía cómo huir. "La noche está sombría, dijo el novicio arrojando una mirada fuera de la capilla, el viento anuncia una tempestad, y este es el momento á propósito para marchar: ser porquero! yo, el hijo de uno de los mas grandes señores de la corte! ¡Oh! es una afrenta infame!" Levántase y atraviesa la nave con paso resuelto: cuando iba á traspasar el dintel reconoció una mujer; creyó soñar desde luego; pero no, la tenía siempre delante de sus ojos, allí, al pié mismo de la capilla; era una mujer hermosa como un ángel y majestuosa como una reina; con una sonrisa de compasiva piedad, y con un gracioso movimiento de su mano, le hace seña de seguirla, y él obedece maquinalmente. La desconocida se dirigió hácia el cementerio, al que la luna medio velada por espesos nubarrones, alumbraba con una claridad extraña; los grandes árboles sombríamente agitados por la tempestad parecían gemir sobre los muertos que yacían á sus piés, y los buhos mezclaban sus gritos lúgubres al ruido del huracan. Un calofrío helado empezó á correr por todos los miembros del jóven religioso; su bella y tranquila conductora extendió la mano, y he aquí que entonces las cubiertas de césped de las tumbas se abren lentamente, y que los muertos se levantan frios y pálidos en sus sudarios. El novicio estaba á punto de desmayarse de espanto, cuando la desconocida mirándole con una ternura llena de compasion, le dice con una voz dulce y penetrante: "Espera algunos dias mas, y tú, pobre niño, no serás sino un puñado de polvo como ellos. ¿A dónde quieres ir? ¿qué piensas? ¿No sabes, hijo mio, que concluyen las glorias de este mundo?" Al decir estas palabras la Virgen, porque era ella, desapareció, los sepulcros se cerraron, y el jóven novicio, que ya no soñó en salir del convento, llegó á ser un modelo de humildad y virtud. (16)

La órden de Citeaux, que se habia extendido por toda la cristiandad, fué suprimida en Francia al principio de la Revolucion.

La órden de Fonterrault, fundada en 1100 por Roberto de Arbuicelle para honrar la santa obediencia de Jesucristo á los mandatos de su Madre y el respeto filial de Juan por la Virgen, no podia nacer sino en la caballeresca edad media. En esta órden, que tuvo por religiosas altas y poderosas damas y por abadesas princesas de sangre real, las mujeres mandaban á los hombres, y los abades no habrian osado tratar de hermana á la abadesa, á quien debian con toda humildad llamar su madre, (17) siendo al mismo tiempo soberana absoluta de la órden. La fundacion de esta órden levantó algunas tempestades en su origen. Marbado, obispo de Rennes, y Godofredo, obispo de Vendoma, espantados de la extrañeza de esta obediencia en sentido inverso, se pronunciaron contra Fonterrault; pero no por eso dejó de subsistir hasta la Revolucion. Esta era el monasterio en que solo eran elevadas á abadesas las princesas de sangre real.

Siete mercaderes de Florencia fundaron tambien hácia la segunda parte de la edad media, la órden de Servitas ó siervos de María, que dió á la Iglesia de san Felipe de Benizzi, autor de la tierna devocion de los siete dolores de la Virgen. En fin, el dulce nombre de María fué unido á la órden de Nuestra Señora de la Merced, destinada á rescatar de la esclavitud á los cristianos cautivos de los infieles. Esta órden, fundada el 2 de agosto de 1218, es una de aquellas obras que honran á la humanidad; las reglas eran en extremo severas, y conservaba un medio término entre las órdenes militares y las otras puramente monásticas.

Si las otras órdenes religiosas de los tiempos caballerescos se colocaron menos directamente que las que acabamos de hablar bajo el patronato inmediato de la Virgen santísima, todos la honraron á porfía y se fundaron bajo su influencia. Los antiguos cartujos dedicaron á María su primera capilla, que subsiste en medio de las rocas de donde fué primitivamente fabricada, y que lleva el nombre conmemorativo de Nuestra Señora de las Cabañas. (18)

La cuna del órden de los franciscanos fué una capillita antiquísima y casi completamente destruida, fabricada en un prin-

cipio por cuatro solitarios de la Palestina que le habian dado el nombre de Nuestra Señora de Josafat, porque se reverenciaban allí algunas reliquias de la Virgen santísima.

La órden de los dominicos tomó su origen de nuestra Señora de Prauille.

San Norberto reformó á Premontré por la órden de la Madre de Dios y obligó á sus religiosos á decir todos los dias el oficio de la Virgen bajo pena de pecado mortal.